

Una época de mentiras y confusión

Josep Fontana

Historiador

22 enero 2017

(Traducción de Jordi Domènech)

Hace días quería comentar la afirmación de Robert Fisk: "No vivimos en un mundo de posverdades; vivimos en un mundo de mentiras." Pero las mentiras han llegado a imponerse hasta tal punto en las informaciones que recibimos todos los días de los medios, que es difícil saber por dónde empezar.

Por ejemplo, ahí tenemos la canonización en vida de Barack Obama. Cuando Obama tomó posesión de la presidencia por primera vez, en enero de 2009, prometió retirar las tropas de Irak en 16 meses (y aún siguen allí), cerrar la cárcel de Guantánamo en un año (quedan allí 45 prisioneros, porque muchos han sido transferidos a otros países), revisar las relaciones con Rusia y China para evitar una nueva guerra fría (unas relaciones que hoy están peor que nunca) y buscar un acomodo "con los musulmanes de todo el mundo". Este último objetivo lo desarrolló bombardeándolos día y noche, y extendiendo los ataques a Libia (donde todavía no sabemos qué fueron a hacer allí) y Somalia. Esta forma de hacer la guerra, que causa sobre todo la muerte de víctimas civiles inocentes, permite garantizar que los odios que alimentan el terrorismo seguirán vivos por mucho tiempo.

Están luego las mentiras que ayudan a explicar por qué los electores no hicieron caso a Obama, que apoyó a Hillary Clinton, y eligieron a Trump. Aquí hay un consenso universal de que la culpa fue de los rusos. John Kiriakou, que fue agente de la CIA durante quince años, explicó: "Esto es algo que las potencias se hacen unas a otras continuamente, y Dios sabe que Estados Unidos tiene una larga historia, una riquísima historia, de interferir en las elecciones de otros países. No sé por qué deberíamos preocuparnos. Sólo es algo que la KGB hace a Estados Unidos y que la CIA hace a los rusos, y así ha sido durante décadas." De hecho, el profesor de politología Dov Levin, de la Universidad Carnegie Mellon, asegura que según su base de datos Estados Unidos ha intervenido 81 veces en procesos electorales extranjeros entre 1946 y 2000.

Pero este tipo de sensatas observaciones, o la reclamación que un grupo de veinte veteranos de los servicios de inteligencia, del ejército y la diplomacia presentaron el 17 de enero, pidiendo a Obama que hiciera pública de una vez la prueba que certificaba que las interferencias se originaron en un ordenador ruso, no han impedido que se desbordaran las fantasías. Aparte de la supuesta intimidación de Trump para que no fuesen descubiertas sus orgías sexuales en Moscú (el ex agente británico del M16 que difundió esta información tuvo que ocultarse porque los conservadores ingleses le acusaron de desear el fracaso de las relaciones del gobierno de la señora May con Estados Unidos), estos días he leído que, según estudios publicados en *Financial Times*, a Trump le salvó de la quiebra la ayuda de la mafia rusa, o de manera todavía más contundente, que tanto el nuevo presidente como los miembros del gobierno que ha nombrado son en realidad un equipo de infiltrados rusos.

Mientras tanto, siguen los problemas de unas sociedades empobrecidas, en unos días en que las élites mundiales reunidas en Davos (jefes de Estado, multimillonarios gestores de fondos de inversión, ejecutivos de empresas tecnológicas...), discuten sobre los problemas de la desigualdad, "entre vinos de reserva y canapés", escribe Peter S. Goodman en *New York Times*, sin que se les ocurra proponer como remedio el que los trabajadores recuperen su capacidad de negociar mejoras salariales, que les fue arrebatada por las políticas de austeridad y las reformas laborales.

No es necesario ir a buscar las conspiraciones de los rusos para explicar por qué ha ganado Trump. Mientras las cosas sigan así, concluye Goodman, el populismo seguirá en aumento.

Fuente original:

"Un temps de mentides i confusió", *La Lamentable*, 22 enero 2017.

<http://lamentable.org/temps-mentides-confusio-2/>